

Los recuerdos de amor -no
los de espanto- se me escapaban
por caminos cambiantes como azogue
y no poderlos retener me parecía
más cruel que la explosión
que el bombardeo.

Y para no sufrir
tratando inútilmente de recuperarlos
preferí muchas veces
salir a media noche y escribir
con lápiz rojo en las paredes: muera
el tirano abajo los...

Así evitaba
seguirte hasta el inhóspito desmonte
y detenerme allí.

Aún hoy
pasados tantos años si no puedo
revivir una voz o un gesto tuyos
me imagino que sigo todavía
pintando en rojo todas las paredes.